

Sería terrible saber que lloras, Joaquín

Llovía mansamente y sonaban un piano y un violín. El patio del Palacio de Beniel mostraba su belleza mojada al son de una música dulce, relajante, que invitaba a evocar tiempos pasados; que invitaba a entrar. Ese espacio abierto entre columnas es igual de hermoso con cielos estrellados en noches cálidas, entre aromas de jazmines que revuelven en el aire los vencejos del verano. La cortina de lluvia del otoño romántico prestaba su melancólica belleza a una noche entrañable, cálida, muy especial. El legado de Joaquín Lobato se abría por fin a los ojos del mundo, en una sala preparada con mimo para que duerman en paz los sueños del pintor y poeta veleño. Junto a la Fundación María Zambrano, junto al Centro del Exilio, como él quería, “no por razones caprichosas, sino por razones escrupulosamente cronológicas”...Su obra estará muy bien acompañada por el sentir profundo y el cariño de la filósofa veleña a la que admiraba tanto y que fue su amiga especial, a la que un día llevara, alegrando un poco la tristeza de su exilio, el picaporte de su casa de Vélez, tan añorada, y esos limones del limonero que vivía en su recuerdo, y que ella guardó para siempre.

Estaba llena la sala magna del Palacio de Beniel. Los amigos de Joaquín, esos amigos que le quisieron cuando estaba vivo, esos amigos que le recuerdan cada día desde que se fue, que se han propuesto, con una asociación dinámica, que su legado, expuesto a todos, sea la mejor forma de que siga vivo entre nosotros. Sus poemas volvieron a oírse en las voces de siempre, en las voces amigas. En el silencio emocionado, el aire se llenó de sueños, de voces entrecortadas, de nostalgias del niño veleño que se crió con el cine y con el teatro; ese niño que amaba el mar, el cielo azul, las anémonas y las palomas, que escribía desde el corazón cosas hermosas. “Comprendo muy bien a los niños solitarios que sueñan con sus manos repletas de hélices y aventuras”.

El legado de Joaquín Lobato, que donara tan generosamente a su pueblo “porque amor con amor se paga”, está ya en el lugar que se merece, en el lugar que él soñó. Los cuadros que pintó, los libros que leyó, los poemas que escribió, los juguetes de siempre, aviones, trenes, carteles de películas, postales, cartas, recuerdos de su vida llenos de sensibilidad y poesía, una vida que vivió intensamente y que escribió para nosotros en su mesa “repleta de rotuladores, lápices y muchos colores para llenarme el corazón de inmensidad inmensa”.

Con esta sala que guarda su obra para siempre, Vélez ha devuelto al hombre lo que el hombre da. El poeta de cuadros, el pintor de palabras, que fuera hijo predilecto, entregó a su pueblo sus sueños, su pensamiento, su arte, su filosofía, sus tres heridas: la de la muerte, la de la vida y la del amor. Nosotros, los que le recordamos, los que le admiramos, los que nos emocionamos leyendo sus versos, nos quedamos, como él, con su herida de amor “porque es la más pura y la más exigente”. Entregar toda su vida a su pueblo es un acto de amor, y un acto de amor es que sus amigos y el Ayuntamiento veleño, sensible a la cultura, hayan hecho posible que se exponga al mundo, en lugar tan digno, su obra, una obra que ya es eterna tras los cristales de las vitrinas que la guardan celosamente.

Seguía lloviendo en el patio del Beniel. Del piano y del violín salían las notas de una vieja canción. Cantando bajo la lluvia, tus amigos te recordaban, charlaban animadamente, con la satisfacción y el orgullo de haber cumplido un sueño. Tu sueño, Joaquín.

Seguro que, perdidos en algún lugar del infinito, aquellos ojos verdes que nunca olvidaste mirarán cargados de nostalgia, bajo la lluvia mansa y limpia, el ir y venir de unas gafas inquietas, empañadas por el agua y por la emoción de unos ojos que veían desde arriba cómo te quiere tu pueblo. Nos gustaría pensar que a pesar de esa otra herida que te alejó de todo cuanto amabas, estás alegre, que eres feliz. Queremos pensar que sonríes, porque, para los que te han devuelto a la vida hoy recordándote de nuevo, para los que te queremos, para los que te admiramos, para los que nos hemos llenado de tu inmensidad inmensa, sería terrible saber que lloras, Joaquín.

Margarita García-Galán Díaz

